

Homilía del 30 de diciembre de 2012

La fiesta de la Sagrada Familia con su énfasis en Ana, María y sus hijos trae a mi mente la experiencia de nuestra segunda hija, Suzanne. Suzanne tenía una serie de amigos, pero ninguno de ellos era católico. Los jóvenes parecían ser buenos hombres, y ella tenía el cariño de algunos. Pero después de que un hombre habló con ella sobre el matrimonio, recuerdo bien lo que ella me dijo, «Papá, Joe no es religioso, pero él dice que está bien con él que soy católica. Lo que no entiende es que mi fe es tan importante para mí que yo no quiero casarme con alguien que no comparte mi fe».

El tiempo pasó, y Suzanne tenía treinta años. Todavía no estaba casada, y Ruth y yo nos preguntábamos si alguna vez se casaría. Entonces ella nos hizo una visita, emocionada después de asistir a una reunión profesional. «Mamá, papá», ella dijo, «conocí un hombre esta semana. Su gemelo es un sacerdote, y él tiene cuatro tías que son monjas». Le respondí, «Sin duda, Suzanne, parece que has encontrado un católico». De hecho, lo encontró, y los dos se casaron en el plazo de un año. Con impaciencia esperaban a los niños. Ruth y yo recibíamos muchas llamadas llorosas en el teléfono, sin embargo, antes de que recibimos una llamada para decirnos que después de dos años y medio de matrimonio, estaban esperando un bebé.

La primera lectura de hoy nos dice de una pareja devota y de una esposa que deseaba profundamente un niño. Durante años Ana oraba que Dios le diera a un niño. Cuando finalmente ella dio a luz a un hijo, algunos podrían pensar que ella se aferraría a él y nunca lo dejaría fuera de su vista. Pero no es así. Después del destete del joven Samuel, ella lo llevó al templo para dedicarlo a Dios. Sus palabras a Elí, el sacerdote, son poderosas:

Este es el niño que yo le pedía al Señor y que él me ha concedido.
Por eso, ahora yo se lo ofrezco al Señor,
para que quede consagrado de por vida.

La Biblia entonces afirma que Ana dejó a Samuel allí, y adoró a Dios en un hermoso himno de alabanza.

José y María también eran una pareja devota. Incluso antes del nacimiento de Jesús, María alababa a Dios en un hermoso himno que recuerda el himno de Ana. Al nacimiento de su hijo y de la proclamación de los pastores, nuestra Santísima Madre «guardaba todos estos acontecimientos y los volvía a meditar en su interior». Una vez

más en nuestra lectura del Evangelio de hoy escuchamos, «Su madre conservaba en su corazón todas aquellas cosas». Ella no tenía ninguna manera de saber lo que iba a venir, pero en la lectura de hoy la vemos experimentar tres días de angustia—un presagio de lo que ella experimentaría durante y después de que su hijo fue crucificado. Ella y José buscaron al muchacho y finalmente lo encontraron. En respuesta a su ansiedad, el Evangelio nos dice que él respondió con la pregunta de un adolescente, «¿Por qué me andaban buscando?» Pero luego añadió, «¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi padre?» No sorprendentemente, el Evangelio nos dice que María y José «no entendieron la respuesta que les dio».

Mientras nuestra hija estaba embarazada con el niño por el cual ella había orado durante tanto tiempo, decidió dedicar a su bebé a Dios, y si el bebé era un hijo, ella y su marido decidieron llamarlo David Edward. Ya que el apellido de su marido comienza con una «i», ella me dijo en su comprensión imperfecta del latín, «Papá, sus iniciales serán DEI, que significa «él viene de Dios»». Ella ha hecho todo que puede hacer para devolver a su hijo a Dios en que ella y su marido le han enseñado bien. También han sufrido con él en las dificultades de su crecimiento. David tiene síndrome de asperger, una forma leve de autismo y por lo tanto ha requerido más de la habitual orientación y atención. Nadie sabe el futuro, pero en este, su primer año en una universidad católica, su padres me dijeron que David ganó una «A» en su curso en teología, y durante la misa de nochebuena su tío, el sacerdote, usó material de un ensayo que David escribió como la base de su homilía.

He tratado de tejer juntas las historias de Ana, de nuestra Santísima Madre María, y de nuestra hija Suzanne porque es importante que no pensemos de las historias en la Biblia simplemente como historias de algo que pasó hace mucho tiempo y que es independiente y separado de nuestras vidas hoy día. ¿Estoy sugiriendo que mi hija Suzanne es sin pecado o una santa? Ciertamente ella no es sin pecado. ¿Es una santa? Sólo Dios puede juzgar.

Pero cada uno de nosotros, cada cristiano bautizado, está llamado a ser una parte de una Sagrada Familia. Estamos llamados a ser uno con Cristo, a reconocer que todo lo que somos y todo lo que tenemos viene de Dios y se nos da en confianza, y eso incluye a nuestros hijos. Como le digo a los padres durante un bautismo, «Ustedes tienen una responsabilidad impresionante». Dios nos da a nuestros hijos con el fin de devolvérselos a él. Que perseveremos en nuestros esfuerzos para ser la familia que Dios nos llama a ser, enseñando a nuestros hijos por nuestras palabras y nuestras acciones.